

Una respuesta a la orfandad del hombre contemporáneo

A Response to the Orphanhood of the Contemporary Man

María Luisa MAILLARD GARCÍA

Fundación María Zambrano

mluisamaillard@telefonica.net

Resumen: A finales de los años ochenta, María Zambrano, después de haber reflexionado ampliamente sobre la crisis de Occidente, califica la situación del hombre contemporáneo de orfandad. La crisis tiene un elemento positivo, el de propiciar algo nuevo, la orfandad es un callejón sin salida. En este artículo pretendemos demostrar que la acogida en España y fuera de nuestras fronteras del pensamiento de Zambrano puede ser debida a que habla directamente al corazón y al alma del hombre contemporáneo, realidades profundas que han sido desechadas por el pensamiento triunfante en Occidente, por un error en el enfoque de nuestra interioridad. Para ello, recurrirá a un lenguaje simbólico, en la convicción de que el símbolo reconoce a la vida humana su carácter poético y que el pensamiento es mucho más que el uso del concepto, del juicio, del razonar y aún de la intuición.

Palabras clave: Orfandad, Vida espiritual, Materialismo, Alma, Absoluto, Tiempo, Amor, Esperanza, Símbolo.

Abstract: In the late 1980s, María Zambrano, having thought extensively about the crisis in the West, described the situation of contemporary man as orphanhood. Since orphanage is a dead end, the crisis has a positive element, that is, to promote something new. In this article, we aim to expose that the welcome, both in Spain and outside our borders, of Zambrano's thought may be due to the fact that it speaks directly to the heart and soul of contemporary men. Such profound realities have been discarded by the triumphant thinking in the West, by a mistaken approach of our interiority. To this end, she will resort to a symbolic language, in the conviction that symbols recognize the poetic character of human life and that thought involves much more than the use of concepts, judgment, reasoning and even intuition.

Keywords: Orphanage, Spiritual life, Materialism, Soul, Absolute, Time, Love, Hope, Symbol

Fecha de recepción: 30/08/2019

Fecha de aceptación: 7/11/2019

No creo que nadie pueda poner en duda que, de los discípulos de Ortega, y me atrevería a decir de los filósofos en lengua española, el pensamiento de María Zambrano es uno de lo que más eco despierta, no solo en España sino fuera de nuestras fronteras. Solo hay que echar una ojeada a las ediciones, traducciones, tesis doctorales, congresos, trabajos monográficos e incluso talleres fuera del mundo académico, que se suceden de año en año, sin que el interés creciente, que alcanza a las nuevas generaciones, decaiga. Es el suyo un pensamiento difícil, especialmente en sus últimos libros tan abiertos a la sugerencia y a las múltiples interpretaciones que abre el símbolo, un pensamiento forjado en las dificultades del exilio y en la penuria económica, y marginado durante décadas de los estudios académicos. ¿Cómo se ha abierto paso? El compromiso de la filósofa del lado republicano en la guerra civil española puede haber contribuido a su difusión en nuestros pagos, al hilo de la recuperación de la llamada *memoria histórica*; pero no ha sucedido así con otras mujeres comprometidas y, desde luego, ese factor no afecta al interés que despierta en países como Italia, México, Cuba o Puerto Rico. Creo que, sin obviar el factor anteriormente mencionado, la mejor perspectiva para afrontar la actualidad del pensamiento de Zambrano y su recepción es intentar comprender de qué manera toca el alma anhelante del mundo contemporáneo que ya, en 1987, en el prólogo a la reedición de *Persona y democracia*, Zambrano define sumido en la orfandad:

La crisis de Occidente ya no ha lugar apenas. No hay crisis, lo que hay más que nunca es orfandad: la historia

se nos ha tornado en un lugar indiferente donde cualquier acontecimiento puede tener lugar con la misma vigencia que un dios absoluto que no permite la más leve discusión. Todo está salvado y al par vemos como todo está destruido o a punto de destruirse. (Zambrano, 2011a: 379)

¿Acaso el pensamiento de María Zambrano ofrece una salida a la orfandad? ¿Entreabre una puerta a la comprensión de nosotros mismos por un camino que la evolución de la cultura occidental considera clausurado? Creo que el territorio que la filósofa nos ofrece transitar es el que algunos autores, que han vivido bajo un régimen estalinista, como Zagajewski¹, denominan bajo el nombre genérico de «vida espiritual» y que filósofos como Eugenio Triaś proponen, con sus matices propios, como «la religión del espíritu», entendiéndola como una síntesis de simbolismo y racionalidad. Es un territorio que puede permanecer dormido bajo circunstancias políticas aparentemente tolerantes, pero que despierta de forma dramática, bajo ciertos regímenes que niegan su existencia, y es necesario llegar a la heroicidad, afrontar la prisión y la muerte para defenderlo. La vida espiritual tiene su anclaje en la experiencia, la experiencia sensible; pero también en aquellas experiencias más hondas, de donde surgen la creación, la libertad íntima y la moral profunda, y que anclan sus raíces en la tradición religiosa de todas las culturas, como no ha dejado de señalar, entre otros autores,

¹ Desde que Adam Zagajewski, en su novela autobiográfica *Dos ciudades*, relata su descubrimiento del «mundo espiritual» siendo adolescente: «Leía mucho. Un día —no recuerdo la fecha ni tampoco qué estaba leyendo, si algo de Bruno Schulz o de Marcel Proust— tuve una revelación que lo cambió todo. Descubrí (les ruego que no se rían) la existencia del universo espiritual que los grandes escritores intentan describir» (2017: 75), el autor no ha dejado de reflexionar sobre las características de la «vida espiritual» en libros como *Solidaridad y soledad* (2010) o *En defensa del fervor* (2005).

Eugenio Trías² y que Zambrano rastreará, en lo que concierne a la cultura occidental en su libro *El hombre y lo divino*³. Pero ya, desde sus primeros escritos, la filósofa ha reivindicado ese lugar, que ella denominará alma, siguiendo la tradición de la filosofía griega, como la sede irrenunciable de esos saberes fruto de la pasividad del sentir, sin los cuales no podemos constituirnos como personas completas. Y, para ello, parte al desvelamiento del ser ontológico del hombre.

Si la vida espiritual reclama sus derechos en circunstancias extremas, cuando todas sus manifestaciones son arrebatadas por una fuerza exterior y opresiva, el pensamiento de Zambrano, inserto en el discurrir de la filosofía occidental, encuentra también en su propia experiencia la circunstancia que pone en evidencia el ser ontológico del hombre. La situación del exilio, al que fue arrojada como tantos españoles después de la Guerra Civil, deja al descubierto, según la filósofa, lo que de desnudo, desconocido y pasivo hay en toda vida. El exiliado es ese desconocido que todos llevamos dentro, en palabras de Zambrano: «el que llega, a fuerza de apurar su condición, a ser ese desconocido que hay en todo hombre y al que el poeta y el artista no logran sino muy raramente descubrir» (Zambrano, 2011b: 405). La situación del exilio despoja al hombre de la máscara del personaje que nos construimos para vivir en nuestra circunstancia social y

² «Hoy se impone reconsiderar la naturaleza y condición de la religión. Es preciso *pensar* la religión, so riesgo de que la religión nos *piense* en su peculiar modo extremo (según los dictados de todos los integristas hoy redivivos). La religión no se reduce a fenómenos como el integrismo. Es preciso *salvar* el fenómeno que constituye la religión: la natural, o connatural orientación del hombre hacia lo sagrado; su religación congénita y natural. Es preciso salvar ese fenómeno por rigor filosófico y fenomenológico». Trías, E. (1997: 37-38).

³ «Necesariamente una reflexión tal [las relaciones de la filosofía con la mística y la poesía] había de conducir a María Zambrano al examen de las relaciones entre filosofía y religión (en el período griego y en el propiamente europeo), lo que se aborda en el libro *El hombre y lo divino*. México: F. C. E., 1955» (Zambrano 2014a: 442).

la reduce, según un símbolo logrado, a la de las ruinas, a lo que en el hombre no puede perderse, porque lo constituye de raíz:

Persona es lo que ha sobrevivido a la destrucción de todo en su vida y aún deja entrever que, de su propia vida, un sentido superior a los hechos les hace cobrar significación y conformarse en una imagen; la afirmación de una libertad imperecedera a través de la imposición de la circunstancia, en la cárcel de las situaciones. (Zambrano, 2011b: 257)

A reflexionar, a la luz del problema del tiempo, sobre aquello que en el hombre no puede perderse, porque es la base de su ser ontológico, dedicará Zambrano sus esfuerzos, a partir de mediados de los años cincuenta, relegando las reflexiones, más estrictamente políticas y sociales, que llevaba realizando sobre la crisis de Occidente en libros como *La Agonía de Europa* y *Persona y democracia*. Lo que no impide que comencemos a detenernos en esos libros a la hora de comparar su análisis sobre la crisis de la cultura occidental con la situación de orfandad a la que, según la filósofa, llegó Occidente a finales de los años 80, que no ha hecho sino agudizarse en el siglo XXI, y que pondría en evidencia la actualidad de un pensamiento que afrontó con valentía y, al margen de la deriva triunfante del pensamiento occidental, el ser irrenunciable del hombre.

¿Cuál es la situación en la que se encuentra lo que hemos denominado «vida espiritual» en las sociedades actuales del mundo occidental? ¿Nos encontramos ante la realidad, descrita por Zambrano, de un hombre ensimismado y «deificado», volcado en una exterioridad que le priva de la experiencia de ese espacio íntimo donde surgen la libertad y la experiencia

creativa?⁴ Nada parece haber cambiado sustancialmente en los años transcurridos, salvo el avance espectacular de la ciencia y la tecnología que ha ido modificando nuestra relación con la verdad, hasta convertirla exclusivamente en tecnocientífica. Verdad que, a pesar de su carácter intocable, por estar unida a la idea de progreso, no deja de tener sus sombras, como señala Ricoeur (2000), entre ellas el aumento exponencial del poder de la propaganda y la manipulación, a través de los nuevos medios de comunicación; la burocratización de la dominación y, tal vez, el cambio de nuestro concepto de la vida a través de la manipulación genética. El desarrollo tecnológico no solo facilita la vida del hombre sobre la tierra; también aumenta su fragilidad, así como la del planeta que le da cobijo. ¿Y qué sucede con la vida misma, la vida sin más?

Indignos casi de la vida, de la vida inmediata, nos presentamos hoy con técnicas, razones técnicas también, análisis igualmente técnicos del alma reducida a psique, a máquina; invasores siempre, ayer todavía y aún hoy guerreramente y enseguida pacíficamente, industrialmente, donde no nos llaman. Todo es color de imperio, de comercial imposición. (Zambrano, 2019a: 388-389)

Si nuestro horizonte de verdad sobre el mundo y sobre nosotros mismos reside en la ciencia, ¿qué sucede con la experiencia sensible, desmentida en muchos casos por ella y aturdida por la multiplicidad visual y auditiva que nos rodea? ¿Y la experiencia

⁴ Zambrano en el capítulo de «Los procesos de lo divino» en *El hombre y lo divino*, señala cómo es el futuro «ese dios desconocido», al que el hombre actual no duda en legitimar cualquier sacrificio. El tiempo será la resistencia que el hombre, reducido por la ciencia y convertido en sede de la máxima realidad, encuentre en el camino de liberación iniciado en la época moderna. En 1964 en su artículo «Magia e idolatría en la sociedad» (M-46-6), señala el mito del progreso, convertido en fe, como uno de los ídolos más persistentes del mundo contemporáneo.

interior, no solo dificultada por la ausencia de soledad, sino dominada por el relativismo, el nihilismo y la ironía, que suma a la multiplicidad material, la espiritual y lleva a los individuos, confundidos por la avalancha de información, ofertas y opiniones, a buscar asideros en dioses menores como el animalismo u otros que ya han demostrado su eficacia asesina como la deificación de la historia y sus utopías modernas, presentes en los diversos nacionalismos o en soluciones políticas extremas? ¿Debemos seguir hablando con María Zambrano del error de enfoque con que el pensamiento triunfante afrontó todo aquello que no es consciencia en el hombre y las consecuencias concretas que dicho error tuvieron en la concepción del hombre en su relación con el conocimiento y con la circunstancia o mundo?

Creo que sí, que ese es el atractivo del camino que ofrece María Zambrano, un camino que ha tenido sus acólitos, aunque no haya sido la línea de pensamiento triunfante a la hora de conformar la mentalidad colectiva de las sociedades contemporáneas. El conflicto entre la consciencia y lo que no es consciencia en el hombre que, según la filósofa, no hizo sino agudizarse tras el estallido romántico, abonó, en la crisis de fin de siglo, el suelo espiritual que dio lugar a nombres como Freud, Nietzsche, Bergson, Husserl y, en nuestros pagos, don Miguel de Unamuno. Tempranamente Zambrano se ancla en dicho suelo espiritual, en la convicción de que la razón vital que se encontraba desarrollando su maestro Ortega, atendería a esa vida íntima que tanto el idealismo como el positivismo habían desechado, y que encontraba formas privilegiadas de manifestación en la poesía y la mística. Tempranamente también, la discípula se separará de su maestro en un tema fundamental para comprender el ser ontológico del hombre: su indigencia.

Parece imposible afrontar el ser del hombre sin tener en cuenta ese dato previo: la constatación de que el hombre es

un ser incompleto, una especie de «animal enfermo», cuyo solo instinto no le permite acomodarse en el ambiente donde debe desarrollar su vida. ¿Cómo encontrar una explicación racional a la constatación de que el hombre es un ser incompleto, contradictorio e insatisfecho? Ortega lo intenta anclándose en la objetividad de la circunstancia. La vida es un drama no solo porque el hombre es libre y esa libertad es riesgo continuo de equivocación; sino porque el hombre no elige el mundo en que le ha tocado vivir y este se presenta con frecuencia como resistencia e inseguridad. La vida del hombre es un drama entre el yo que adelanta sus proyectos desde su libertad, siempre a la búsqueda de encontrar lo que le falta, y la circunstancia que se los facilita o se los niega. Por tanto, la vida es una «prisión en la realidad circunstancial», de ahí que el hombre sea un náufrago en el agitado mar de las circunstancias. Para Zambrano, sin embargo, lo que le falta al hombre, no se encuentra en el terreno de la circunstancia, es decir, en la historia y lo social. El verdadero naufragio del Sujeto es el hecho de que su ser se le oculte así mismo: «mas por nuestra parte se nos parece que el sujeto del naufragio es el estar sumergido el sujeto» (2019a: 40), y esa situación implica aceptar sus propios límites. La denuncia de la exteriorización del hombre en la historia, deificándola, constituirá uno de sus principales desarrollos a la hora de denunciar el error de enfoque del pensamiento contemporáneo a la hora de afrontar el ser del hombre⁵.

Ya en su libro capital *El hombre y lo divino*, Zambrano alerta sobre el proceso que se estaba realizando en el mundo contemporáneo, al trasladar los caracteres de lo divino, a la historia, único lugar de realización del hombre y donde volcará, de forma trágica, sus ansias de trascendencia.

⁵ Para ampliar este tema, mi artículo «El exilio en Zambrano. Una vuelta de tuerca a la circunstancia orteguiana», *Aurora* (Barcelona), n.º 14, p. 213.

La liberación de lo humano ha encontrado este escollo, esta resistencia insospechada saliéndole al paso. Lo divino eliminado como tal bajo el nombre familiar y conocido de Dios, aparece múltiple, ávido, irreductible, hecho 'ídolo', en suma, en la historia. Pues la historia parece devorarnos, con la misma insaciable avidez de los ídolos más remotos. (2011b: 108)

George Steiner es uno de los autores que, con posterioridad a Zambrano, señalará en su libro de 1974, *Nostalgia de lo absoluto*, cómo el vacío que supuso en Occidente la erosión de la teología o, para hablar en términos nietzscheanos, «la muerte de Dios», hizo surgir una serie de mitologías que asumieron sus características, convirtiéndose en teologías sustitutas, entre ellas la utopía marxista o los diagnósticos freudianos sobre la conciencia⁶. Continuando la reflexión iniciada en *El hombre y lo divino*, en *Persona y democracia*, el último libro en que Zambrano afronta de manera directa la circunstancia social y política de Occidente, no solo señalará este proceso, sino que lo considerará la causa del auge de los diversos absolutismos que sembraron de muerte el siglo xx. Siguiendo el camino de sus últimas investigaciones, introduce en este proceso la clave del tiempo. En el origen de la divinización de la historia se encuentra el trato erróneo que el hombre contemporáneo mantiene con el tiempo. El absoluto, como intuición de lo sagrado, es una experiencia con el tiempo que se presenta de forma nítida en la forma sueño. Dicha experiencia debe mantenerse en la interioridad de la persona porque, cuando intenta trasladarse al exterior, a la política o lo social, surge el absolutismo y con él la existencia obligada de

⁶ «Las mitologías elaboradas en Occidente desde comienzos del siglo XIX no solo son intentos de llenar el vacío dejado por la decadencia de la teología cristiana y el dogma cristiano. Son una especie de teología sustituta. Son sistemas de creencia y razonamiento, que pueden postular un mundo sin Dios y negar la otra vida, pero cuya estructura, aspiraciones y pretensiones respecto del creyente son profundamente religiosas en su estrategia y sus efectos» (Steiner, 2001: 19).

un ídolo y una víctima, dando lugar a una historia sacrificial que la filósofa quiere revertir en una historia ética. Para ello es preciso priorizar el logro de la persona, al logro de una sociedad perfecta, en la que el individuo se ve privado del transcurrir del tiempo, que es lo propio de la vida humana.

El lugar del individuo es la sociedad, pero el lugar de la persona es un íntimo espacio. Y en él, sí, reside un absoluto. No en otro lugar de la realidad humana. Nada que en nosotros haya sido, nada que sea nuestro producto es absoluto, ni puede serlo. Solo lo es eso desconocido y sin nombre, que es soledad y libertad. (Zambrano, 2011a:467)

Este fenómeno de traslación de una experiencia íntima a la historia no ha hecho sino agudizarse, como señalan en la actualidad autores, como Roberto Calasso en libros como *La literatura y los dioses* y *La realidad innombrable*. En el primer libro Calasso constata como desde el siglo XIX el tejido de la sociedad se ha ido volviendo cada vez más denso «hasta tapar del todo la bóveda celeste», volviéndose tan omnipresente como para coincidir con la obvedad misma. El resultado es una sociedad como único horizonte del hombre contemporáneo, al estar cargada con todos los poderes heredados de lo religioso, asumiendo como natural la conclusión de Durkheim: «lo religioso es lo social», tesis que postula en *Las formas elementales de la vida religiosa*. En el siguiente libro, en el que aborda, entre otros asuntos de actualidad, el fenómeno del terrorismo islámico, Roberto Calasso, reincide en esta línea de pensamiento:

A lo largo del siglo XX cristalizó un proceso de enorme repercusión, que ha investido todo lo que sucede bajo el nombre de «religioso». La sociedad secular, sin necesidad de

proclamas, se convirtió en el último cuadro de referencia para todo [...] Es como si la imaginación se hubiese amputado a sí misma, después de miles de años, su capacidad de mirar más allá de la sociedad, a la búsqueda de algo que diera sentido a lo que sucede en el interior de la sociedad. (Calasso, 2018: 21-22)

Este protagonismo de lo social y de la historia en nuestras vidas no es ajeno al mundo de los creadores y así hace decir Zagajewski a uno de sus personajes: «Se lo hemos entregado todo a la historia [...] los seres humanos, en el fondo, viven como entes ahistóricos, sempiternos, involucrados sin remedio en la historia, pero diferentes de ella, distintos» (2017: 177). El autor polaco va más allá en su intuición y, desde su experiencia bajo el estalinismo, llega a la misma conclusión que María Zambrano sobre las consecuencias de trasladar la experiencia íntima del absoluto a la historia:

En este punto, los sustentadores de la humanidad deben andar con pies de plomo, ya que la experiencia demuestra sin lugar a dudas que entre una imaginación orgánica y holística y una sociedad o Estado orgánicos y holísticos no existe la más mínima correspondencia [...]. Se trata de dos planetas distintos, uno de los cuales gira en el cielo del éxtasis, y el otro, en el infierno de la realidad. (Zagajewski, 2010: 104)

Este «entregarlo todo a la historia», con sus terribles consecuencias, se produjo de forma paralela a un intento totalizador de explicación de nuestra interioridad, de la mano de uno de los autores más influyentes del siglo xx, que se volcó en el estudio de «lo que no es consciencia» en el hombre: Sigmund Freud. Zambrano en su artículo «El freudismo, testimonio del hombre actual», reconociendo la valentía del objetivo del

médico vienés, denuncia con claridad este intento de reducir nuestra vieja alma a una subconsciencia regida por la libido, asfixiándola en un interior cerrado y oscuro. Freud se enfrentó a la interioridad humana desde el suelo cultural del positivismo y a criterios científicos intentó ajustar sus intuiciones, aunque según autores como Karl Popper y Georges Steiner, su teoría no pasó de pseudociencia, pretensión y resultado que comparte con el marxismo. Zambrano denuncia la reducción de nuestra interioridad, que la propuesta de Freud postula, y rechaza la idea de que una subconsciencia, regida por el deseo sexual, que entre otras cosas destruye la idea de paternidad, se convierta en la única realidad del hombre:

Y surge así la definición cínica del hombre. El hombre europeo, el de la cultura cristiana de Occidente, «hecho a imagen y semejanza de Dios» de un Dios creador, se va a definir como oscuro, informe furor sexual; demonio insaciable, perpetuamente insatisfecho, devorador de todo. (Zambrano, 2016b: 517)

Quizás debemos ahora desviarnos al mundo de la creación, que trataremos en la última parte de este trabajo, para apreciar la visión desolada de la situación de un hombre, que buscó de forma infructuosa sustituir la antigua concepción de la trascendencia, anclada en lo sagrado, por una trascendencia laica, después de «la muerte de Dios». Así describe Zambrano a los poetas predecesores de lo que denominará de forma muy gráfica «hombres subterráneos» en su libro *La confesión: género literario y método*:

Muertos en vida que exhalan gemidos, gritos desde el fondo de su sepulcro, que es su infierno, sus palabras resuenan

siempre, son gritos desde el fondo. Llamadas de auxilio en una época muy poco piadosa, cada vez menos, con los muertos de verdad que al fin ya no gritan. [...] La tragedia de estas criaturas es en definitiva su falta de espacio interior. (2016a: 124-125)

Si es tan importante esta reducción de nuestro espacio interior es porque deja sin lugar apropiado al amor, que es el agente de la fijación del alma, y el sentir profundo que nos hace transitar por zonas antagónicas de la realidad, abriéndonos a otro espacio y otro tiempo, «el agente de toda trascendencia», dirá Zambrano, y que, en las épocas maduras de la historia, recibirá el nombre de vocación, el camino para llegar a ser uno mismo. Esta potencia del amor se reduce en la época contemporánea a amor pasión, regido, claro está, por el deseo sexual: «La ausencia de amor no consiste en que, efectivamente, no aparezca en episodios, en pasiones, sino en esos estrechos límites de la pasión individual descalificada en hecho, en raro acontecer» (2011b: 263). En uno de sus últimos libros publicados, *Notas de un método*, Zambrano incidirá en esta reducción de nuestro espacio interior, ahora convertido en obstáculo, para que el individuo se abra a un conocimiento alternativo al conceptual que le permita entrar en contacto con el sentir originario: «El verdadero obstáculo que hace que el sujeto sea aprisionado, sea este estar privado de su sentir originario, confundido tristemente con la subconsciencia, que no existe por sí misma, viene de haber convertido en psique al ser humano» (2019a: 69).

Si el éxito de tales propuestas fue posible, según Zambrano, fue por el desamparo del hombre, al que el positivismo había reducido a un interior formado por «hechos psíquicos de conciencia». Pero la filósofa señala otra realidad más profunda: si ambas teorías tuvieron un éxito espectacular en el siglo xx fue

debido a que ambas movilizaron la esperanza, el sentimiento que básicamente nos constituye y que en un primer momento orienta la sensibilidad hacia aquellos aspectos de la realidad donde se halla la verdad. Nos encontramos aquí con un diagnóstico parecido al tratamiento anterior del absoluto: un error del hombre contemporáneo en el tratamiento del tiempo que desvió y desvirtuó su esperanza. Ni la experiencia interior del absoluto puede trasladarse al exterior de la historia ni la esperanza de una liberación del peso de ser hombres, puede trasladar la experiencia de la trascendencia al placer sexual, liberado de inhibiciones, en un intento de rellenar el hueco dejado por la muerte de Dios. Ambas teorías se convirtieron en una especie de teologías sustitutivas, como señala Georges Steiner, que se han ido adueñando de nuestra identidad profunda.

Sin embargo, sin minusvalorar la importancia que tanto la utopía social como la sexualidad siguen desempeñando en la evolución del hombre occidental en el siglo XXI, no debemos olvidar la corriente de pensamiento que, desde el siglo XIX fundamenta tales propuestas y que, lentamente, con los avances espectaculares de la ciencia y la tecnología ha ido configurando una idea del hombre, en donde lo que no es materia física y analizable, no tiene cabida, continuando la línea del nihilismo formulada por Nietzsche. Así a la devaluación de las antiguas religiones como «supersticiones» se ha ido sumando la devaluación de todo aquello que no es conciencia en el hombre como proposiciones falsas por «no científicas», convirtiendo en una exigencia el logro de un sustento científico a la imagen humana, proyecto que alcanzó el nivel dominante de lo político, cuando en julio de 1990 George H. Bush proclamó oficialmente la década del cerebro. Diez años después una iniciativa similar es impulsada por un

grupo de científicos de la Universidad de Bonn. Es lo que autores como Markus Gabriel denominan «neurocentrismo», que acaba viendo la libertad humana como algo meramente mecánico, en la creencia de que el espíritu, en cuanto tal, podría localizarse en una cosa observable: el cerebro o el sistema nervioso central. La libertad es en la tradición occidental un elemento definitorio de lo humano, pero también sentimientos como la esperanza, la piedad o formas de conocimiento como la intuición creadora. En el fondo, seguimos encontrando el sentir de la trascendencia, que ya habíamos detectado en los sucesivos intentos de trascendencia laica. El hombre no se conforma con su ser mortal. A la exigencia a la ciencia de la prolongación indefinida de la vida como sustituto a la inmortalidad, se suma ahora el señuelo de la posible invulnerabilidad de nuestro yo, identificado con nuestro cerebro que, como señala Markus Gabriel, a través de plataformas como internet, nos ofrece la posibilidad de navegar para siempre como información fantasma a través del espacio binario infinito. No podemos dejar de citar a este joven profesor alemán, porque engarza con nuestra tesis de la actualidad del pensamiento de María Zambrano, que sabe hablar al alma anhelante del mundo contemporáneo.

Por eso es una tarea importante en nuestro siglo echar una nueva mirada a nuestra situación como seres espirituales. Debemos superar el materialismo que pretende hacernos creer que solo existe lo que se encuentra en el universo (en términos de realidad material-energética con causas anónimas rigurosas), y que por eso se retuerce las manos buscando desesperadamente una concepción del espíritu que pueda reducirse a la conciencia, y luego esta a su vez a las tormentas neuronales. Somos ciudadanos de muchos mundos, nos

movemos en el reino de los propósitos, que pone a nuestra disposición toda una serie de condiciones de libertad. (2016: 292)

Como ya hemos señalado, desde mediados de los años cincuenta María Zambrano abandona de forma específica sus reflexiones sobre la política y lo social, para adentrarse en el ser propio del hombre y recuperar una forma de conocimiento, razón poética lo denominará, que surja de la pasividad de la vida, y tenga en cuenta todos esos conocimientos y saberes olvidados que el racionalismo y el positivismo habían desechado. Para ello, y de la mano de sus reflexiones sobre el tiempo de la vida humana, recupera para la filosofía, y por tanto para la razón, la potencia cognoscitiva del símbolo, aproximándose así de una manera más íntima a un territorio que nunca había abandonado: el de la creación literaria, desechado por el conocimiento filosófico, como ya denuncia en los años cuarenta en la introducción a su libro *La confesión: género literario y método*: «Cuando la filosofía hace su historia suele olvidar desdeñosamente lo que deben los hombres a otros saberes, más allá o más acá de ella. Lo que se debe, por ejemplo, a la poesía y a la novela» (2016a:73).

El pensamiento de María Zambrano ha sido siempre un pensamiento inspirado, como lo prueba el hecho de que nunca abandone sus intuiciones primeras: sus reflexiones sobre el tiempo, que ya se encuentran esbozadas en su juvenil artículo «Ciudad ausente», como señala acertadamente Fernando Muñoz Vitoria (2011: 1379), o su temprana reivindicación del alma en su artículo «Hacia un saber sobre el alma», en donde ella considera ya estaba su razón poética presente, aunque aún no se diese cuenta. Hasta los años sesenta, María Zambrano, enfrentada a las situaciones críticas de la guerra

civil española, el exilio y la Segunda Guerra Mundial, alterna su análisis de las urgencias históricas con el desarrollo de sus intuiciones primeras, respecto a la necesaria evolución de la razón occidental. Para ello, se apoyará en las categorías básicas que Ortega y Gasset estaba elaborando en su propuesta de razón vital, para enriquecerlas con un desarrollo que llegaba a zonas «donde el pensamiento de Ortega no osaba entrar», como las del amor y la muerte. El continuo diálogo con su maestro se halla muy presente en todos sus libros de la época, especialmente en *El hombre y lo divino* y *Persona y democracia*. Pero, a partir de los años sesenta, y desde su convicción profunda de que lo que estaba en juego no era la historia sino el ser del hombre, va abandonando de forma paulatina el rigor del concepto para acercarse, ya de forma ejecutiva, en su propia prosa, al lenguaje del símbolo.

La intuición de que la razón es mucho más amplia y plural de lo que se suele entender y que, por tanto, el pensamiento es mucho más que el uso del concepto y del juicio, que incluso va mucho más allá de la intuición, se encuentra ya en los primeros escritos de Zambrano. Ahora encontrará en el símbolo el lugar privilegiado donde dicha razón, que llamará poética, se hace visible. El conocimiento, que se transmite a través del símbolo, no es un conocimiento que provenga del esfuerzo humano de domeñar la realidad mediante el concepto, es un tipo de saber, que a veces Zambrano llama visión, y otras, camino recibido⁷, fruto de la receptividad y pasividad del sentir. En la conferencia dictada para la presentación, en el Colegio San Juan Evangelista, del primer libro *Claros del bosque*, en que Zambrano lleva a

⁷ En el capítulo «El camino recibido» de *Notas de un método*, Zambrano distingue con claridad esas dos formas de conocimiento que tienen como medio de expresión el símbolo y el concepto respectivamente: «Mientras que el camino sinuoso, serpenteante nace del deseo, de la avidez secreta y su más oscuro designio que la mente ignora, el camino llano lo hace de una decisión de la voluntad que la mente obedece» (2019a: 50).

ejecución sus elaboraciones teóricas al respecto, explica con claridad este proceso⁸:

Este libro se diferencia un tanto de los anteriores, que no son tan pocos, porque en él está acentuado el carácter de ofrenda, yo no pensaba, no tenía intención ninguna.... El publicarlo, prefería no pensar en ello, prefería que desapareciera [...] Yo miraba, recorría, no quería pensar, es decir, no quería captar, no iba de caza, y por tanto eso que el pensamiento humano aún en sus momentos más puros y desinteresados tiene, de ir a captar, de ahí el concepto de captación, en mí apenas existía. (Maillard, 1997: 269)⁹

Zambrano buscará los lugares en los que el símbolo se ha hecho presente al hombre. De forma individual, en la imaginación creadora, en los sueños que ella denomina «de la persona», en los que el tiempo se ensancha y se hace vaso comunicante entre épocas alejadas en el tiempo. Es por ello que «el reconocimiento de los símbolos restituye a la vida su carácter poético, la condición poética que la vida tiene por sí misma sin necesidad de que se le añada nada» (Zambrano, M-129)¹⁰. De forma colectiva el símbolo se ha hecho presente a través de las grandes religiones y se ha expresado socialmente mediante la liturgia, que no es sino la exteriorización de algo sagrado que afecta a toda la comunidad. Le es muy difícil al

⁸ La conferencia se encuentra transcrita en mi libro *María Zambrano. La literatura como conocimiento y participación*, pp. 269-277.

⁹ Este texto procede de una transcripción grabada por María Zambrano para ser leída en el Colegio San Juan Evangelista en mayo de 1881 y que yo reproduje en mi tesis doctoral, publicada como libro en 1997. Fue editada en 1982 por el Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Cultura. Se encuentra también en el Vol. VI de las O. C. de María Zambrano.

¹⁰ Este manuscrito fue citado parcialmente en mi tesis doctoral y ahora se encuentra íntegro en la segunda edición de 2004 de Jesús Moreno Sanz, *La razón en la sombra*. Antología de María Zambrano. Madrid: Siruela.

hombre, señala Zambrano, incluso al hombre contemporáneo, vivir sin símbolos, aunque, al no concederles realidad, los ha devaluado en ídolos, como el del progreso, tan vigente hoy en día; pero también en la utilización de este recurso en los diversos nacionalismos e incluso en situaciones tan alejadas de lo sagrado como la pertenencia a un partido político e incluso a un equipo de fútbol. Por el contrario, el símbolo verdadero es para Zambrano el lenguaje de lo sagrado y el lenguaje del alma, entendiendo lo sagrado, como muy bien señala Luis Andrés Marco, no desde un punto de vista secular como lo opuesto a lo profano; sino como algo «anterior a la división profano/sagrado. Lo sagrado es ese “fondo oscuro”, misterioso, que todo sustenta y ampara» (2010). Y lo es porque es una imagen cargada de sentimiento, cuya significación oculta, capaz de revelar la realidad toda, nos reclama. Siguiendo a Husserl y Ortega, Zambrano subraya cómo todo lo que es percibido se nos presenta como fragmento de algo; pero hay fragmentos de la realidad eminentemente vitales porque en ellos la vida se manifiesta en todos sus planos, concentrándose en una figura. Zambrano utilizará cada vez más toda la gama de posibilidades que ofrece el símbolo, una imagen sensible como la del anillo, la sierpe o la paloma, que tienen además una larga tradición ancestral; una imagen producto de una situación histórica, como la del exilio; una imagen fruto de la creación literaria, como la de Antígona o Nina; pero entre todos ellos destaca el símbolo de la aurora, como el modo adecuado de estar el hombre en la realidad, manteniéndose entre la luz de la razón y la oscuridad del mundo de lo sagrado: «Hay que dormirse arriba en la luz. Hay que estar despierto abajo en la realidad intraterrestre, intracorporal de los diversos cuerpos que el hombre terrestre habita: el de la tierra, el del universo, el suyo propio» (Zambrano, 2018: 97). Imágenes todas ellas que

responden a la llamada de la pasividad del sentir y que son fruto de la intuición creadora.

La fragmentación habitual en los escritos de Zambrano se acentúa en los últimos libros, tan sugerentes, publicados tardíamente a su vuelta a España y que hay que comprender atendiendo al conjunto de su obra. En todos ellos, en los que la razón poética ya se presenta de forma ejecutiva, surgen siempre iluminaciones sobre nuestra propia condición que nos abren a nuevas perspectivas y nuevas formas de comprensión porque apelan a nuestro sentir profundo, hoy adormecido, pero aún expectante.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CALASSO, Roberto (2002). *La literatura y los dioses*. Barcelona: Anagrama.
- (2002). *La literatura y los dioses*. Barcelona: Anagrama.
- (2018). *La realidad innombrable*. Barcelona: Anagrama.
- DURKHEIM, E. (2014). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Alianza.
- MAILLARD GARCÍA, M. L. (1997). *María Zambrano. La literatura como conocimiento y participación*. Lleida: Ensayos/Scriptura.
- (2013). «El exilio en Zambrano. Una vuelta de tuerca a la circunstancia orteguiana», *Aurora*, n.º 14, Barcelona.
- MARCOS, L. A. (2010). «Herencia filosófica de María Zambrano». En ZAMBRANO, M., *Pensamiento y exilio* (coords. A. Sánchez Cuervo, A. Sánchez Andrés y G. Sánchez Díaz). Madrid: Biblioteca Nueva.
- MARKUS GABRIEL (2015). *Por qué el mundo no existe*. Barcelona: Pasado & Presente.
- (2016). *Yo no soy mi cerebro*. Barcelona: Pasado & Presente.
- MUÑOZ VITORIA, F. (2011). «Genealogía». En *Los sueños y el tiempo*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, Vol. III, O. C. p. 1379.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1983). «Idea del teatro». En *Obras Completas*. Madrid: Taurus.
- POPPER, K. (1980). *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Tecnos.
- RIQUEUR, P. (2000). *L'unique et le singulier*. Lieja: Alice Editions.
- STEINER, G. (2001). *Nostalgia del absoluto*. Madrid: Biblioteca de Ensayo Siruela.
- TRÍAS, E. (1994). *La edad del espíritu*. Barcelona: Ensayos / Destino.
- (1997). *Pensar la religión*. Barcelona, Ensayos / Destino.
- ZAMBRANO, M. (2011a). *Persona y democracia*. En Vol. III, O. C. Barcelona, Galaxia Gutenberg.

- (2011b). *El hombre y lo divino*. En Vol. III, O. C. Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- (2014a). «Itinerario». En Vol. VI, O. C. Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- (2014b). «La palabra» (ofrecida al Colegio Mayor San Juan Evangelista acerca de los lugares de la palabra en mi libro *Claros del bosque*). En Vol. VI, O. C. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- (2016a). *La confesión: género literario y método*. En Vol. II, O. C. Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- (2016b). «El freudismo; testimonio del hombre actual» en *Hacia un saber sobre el alma*. En Vol. II, O. C. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- (2018). *Claros del bosque*. En Vol. I. O. C. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- (2019a). *Notas de un método*. En Vol. IV, O. C. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- (2019b). *Los bienaventurados*. En Vol. IV, O. C. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- M-46-6.
- ZAGAJEWSKI, A. (2006) *Dos ciudades*. Barcelona: Acantilado.
- (2010). *Solidaridad y soledad*. Barcelona: Acantilado.
- (2017). *En defensa del fervor*. Barcelona: Acantilado.